

Barcelona es ciudad, mientras que Madrid no es sino corte. Y Barcelona da hoy el ejemplo de lo que todas las ciudades españolas deben hacer.

Lo malo es que ni escarmentamos ni aprendemos, y así como empujamos á filipinos y á cubanos al separatismo, estamos empujando á él á los catalanes. Porque los verdaderos laborantes del separatismo hay que buscarlos entre estas duras cabezas cabileñas, de una mentalidad, cuando no rudimentaria, recia, que se obstinan en plantear los problemas políticos con un violento dogmatismo teológico y en establecer principios indiscutibles. Y así como el teólogo sostiene que niega la existencia de Dios quien no le concibe como él ó quien en Dios cree no por las pruebas que el teólogo establece, sino á pesar de ellas, así estos teólogos del patriotismo tachan de antipatriota á quien no siente ó no comprende la Patria como sienten ó la comprenden ellos.

Y esta crisis del patriotismo está íntimamente ligada con la oposición entre civilización y ruralización. La Patria es, ante todo y sobre todo, la ciudad, y la patria es un medio para la civilización y no el fin de ésta.

Salamanca, Abril de 1907.

GLOSAS A LA VIDA

SOBRE LA OPINIÓN PÚBLICA

Al concluir el alcance postal de un diario de esta ciudad de Salamanca, alcance en que se relata la sesión del Congreso del día 28, se dice á la letra:

“Sostiene que quienes no leen periódicos suman más votos que los lectores de los mismos.” (Rumores.)

Es evidente; mas no creo que la afirmación del orador —el Sr. Maura— se limitase á esa que en España resulta una perogrullada.

Perogrullada, digo, pues en nación en que no saben leer el 49 por 100 de los adultos —tal es la cifra que da el último censo—, y en que las dos terceras partes de los que dicen saber leer no acostumbran hacerlo, y aunque sepan leer apenas si pronuncian, como el burro del gitano del cuento, claro es que suman más votos los analfabetos. Y votos son trinfos.

Otra cosa sería si, como debiera hacerse, se privase del voto á los analfabetos, medio el más sencillo

de establecer votos de calidad. Con ello se ganaría no poco.

Sospecho, y para corroborar esta sospecha no quiero esperar á leer el *Diario de Sesiones*, que no sólo se hablaría de los votos de los analfabetos y los semianalfabetos —llamando así á los que, aun pudiendo en realidad leer si se terciá el caso, no acostumbran leer—, sino también de su opinión, contraponiéndola á la opinión que fragua y zarandea el “cacicato de la publicidad”. Más de una vez se apela, ya á las claras y abiertamente, ya á las oscuras y solapadamente, á la opinión de los analfabetos, es decir, á la opinión de los que no la tienen, y menos en aquellas cosas en que á su sentir suelen apelarse.

La proposición podrá sonar en muchos oídos á enormidad; pero hay que decirlo claramente una vez más: los que no leen periódicos no tienen opinión más que en aquellos negocios en que directa y personalmente están comprometidos sus intereses, ó en aquello que se refiere inmediatamente á su oficio. No tienen conciencia alguna de ciudadanos, no son más que nacidos y residentes en España.

Y esto en España es de máxima importancia, porque de un extremo y de otro del campo político se halaga al pueblo, á las masas, y se quiere fundamentar doctrinas en el sentir de él. No, las honradas masas son muy honradas; pero carecen de opinión y de conciencia social, y ni se puede ni se debe contar con lo que ellas aparezca que creen y piensen, porque ni creen ni piensan nada en realidad. Suele decirse que

nuestro pueblo, nuestra primera materia social, es excelente; pero toda materia prima necesita de forma que la anime, y la opinión pública es forma y forma que no brota de la materia popular.

Pasan en España por opiniones y creencias de la mayoría las que no son tales, porque esa mayoría ni opina ni cree lo que de coro le han enseñado á repetir. Los que se agitan y se mueven y trabajan la opinión y leen periódicos y acuden á reuniones públicas y votan espontáneamente, sin esperar á que los lleven á votar aborregados, esos son muchos menos que los otros, que los analfabetos, los semi-analfabetos, los beocios y los neutros —neutros ó por pereza espiritual ó por estulticia mental—, y esta minoría es la única que cuenta y debe contar. Los otros no merecen que nadie les suponga tales ó cuales opiniones, juzgando por las que oficialmente y de rutina dicen profesar. Y en esa minoría, que es la conciencia pública de la nación, son mayoría los que no comulgan con las doctrinas que se dice ser las de la mayoría de los españoles, por ser aquellas cuya letra muerta, que no el espíritu vivo, se les enfusó en la retentiva.

Para votar, para llenar pliegos de protestas, para hacer bulto, para ir en rebaño por calles ó campos, son mayoría los que no leen periódicos y aun los que no saben leer —que muchos de éstos firman los dichos pliegos—; pero para opinar y promover el progreso del espíritu y el pensamiento público, para

esto no, no son más ni son menos; sencillamente no son.

Y así estamos viviendo en esta otra mentira, en la mentira de que domine en España una opinión que no es la que verdaderamente domina. Y quien pretenda apoyarse en la supuesta opinión de esa mayoría puramente numérica —iba á decir puramente animal, y no en el mal sentido de la palabra— y en ella funde su derecho á imponerse arrogantemente, ese es el verdadero demagogo.

Hay lo que en el lenguaje hipócrita ya consagrado llamamos opinión reaccionaria, ultramontana, clerical y con otros nombres análogos é igualmente antibológicos. Pues bien: cuando esa opinión echa á luz un órgano en la prensa, por mucho que se esmere, y gaste y trabaje el artículo, ese órgano languidece y jamás alcanza el éxito de los diarios más ó menos liberales. ¿Por qué? Porque no es esa, la de aquéllos, la opinión de la mayoría. “Es la de los que no leen diarios, ó porque no saben leer, ó porque leen mal ó porque no pueden ó no quieren leerlos”, se dirá; á lo que se contesta: “Si supieran leerlos y acostumbraran leer, acabarían por dejar aquellos diarios, si es que no empezaban por darlos de mano.” La conciencia del país es liberal, sea lo que fuere su inconciencia, que aun de esto habría mucho que hablar.

La opinión se fragua por una minoría y se refleja en los diarios, que por reflejarla circulan más, y esa minoría es la única parte de la nación capacitada para marcarla rumbo político. Otra cosa es dema-

gogia y no democracia, y entre las demagogias no es peor la roja que la blanca, y la blanca se apoya en los votos de los que no leen ni periódicos ni otra cosa alguna.

La beocia no opina, ni lee periódicos, ni aun vota —se firman las actas con supuestos votos—; mas cuando la caldean alguna vez se tira al monte. La beocia aborrece por instinto todo lo que se sale de su nivel, y todo lo que se aparta del cauce en que viene corriendo su pensamiento muerto, las apariencias de ideas que le han alojado en el cerebro, y es ese instinto de demagógica nivelación espiritual lo que atizan en ella los servidores de la tradición estancada.

Nada más fácil ni más cómodo que decir: “Mis doctrinas, el sentido que represento, son las doctrinas y el sentido del pueblo que calla, trabaja, ora y sufre”, porque como este pueblo no tiene doctrinas ni sentido alguno propios en lo que se sale de su vida inmediata, y de pan ganar, no lo contradice y sigue callando, trabajando, orando y sufriendo. Mas la otra opinión, la única que en realidad hay, la que se expresa y manifiesta, sabe replicar y contradecir.

Pocas mentiras hay en España, de las innumerables que nos envuelven y paralizan, más mentirosas que la mentira de nuestra democracia, entendida como una “oclocracia”, una soberanía de las muchedumbres y de las muchedumbres analfabetas. ¡Democracia, donde en la provincia más ilustrada, Alava, llegan casi á la quinta parte, 19,79, los adultos que

no saben leer, y en la provincia menos ilustrada, Jaén, pasan con mucho de la mitad, llegando á 65,79, y en España todo son cerca de la mitad de ellos analfabetos! Eso es la analfabetocracia.

Salamanca, Enero de 1904.

TRES GENERACIONES

No hace mucho tuve ocasión de asistir, en el comedor de la fonda de una villa de mi país vasco, á una escena profundamente sugerente. Habíanse reunido á comer juntos tres individuos de tres generaciones de una misma familia: padre, hijo y nieto. El anciano, el abuelo, era un casero de la montaña, un honrado labriego, sencillo y sin letras, hablando con dificultad la lengua castellana; su hijo, el hombre maduro, era un "indiano" que, después de haber amasado una fortuna en América, adonde partió muy joven y donde se casó y constituyó familia, regresaba á su tierra natal á ver y abrazar á su anciano padre y darle á conocer el nieto; éste, el jovencito, nieto del primero é hijo del segundo, era un mozo lindo, muy pulcro, muy melindroso, muy bien peinado y que comía con singular limpieza, haciendo todo género de monerías con el tenedor y el cuchillo.

Al pobre viejo, que acompañaba á la comida con copiosos tragos de vino, se le caía la baba, como suele decirse, al verse abuelo de un nieto tan fino y

tan señorito y no cesaba de repetirle enternecido y en no muy buen castellano: "Ya creía que iba á morir sin conocerte." El "indiano" se encontraba entre su padre y su hijo, entre sus recuerdos y sus esperanzas, pensando Dios sabe en qué, y el mocito comía con toda pulcritud, silencioso, frío, y mirando de cuando en cuando, con aire de aburrimiento á su abuelo.

Os digo que era escena henchida de significación y no por lo que decían, sino por lo que callaban los actores de ella.

Al lindo mozo parecía no importarle nada y no prestaba atención alguna al padre de su padre; diríase que entre ellos mediaba un abismo. Me parece que no se le ocurría pensar que el bienestar de que gozaba, la educación que había recibido, todo aquello en que acaso fundaba pretensiones á una superioridad muy discutible, se lo debía al espíritu honrado, sencillo y noble que el anciano casero transmitió á su hijo, el esforzado trabajador que amasó la fortuna.

Recordé al punto una amarga y triste confesión que oí hace algunos años á un pobre hombre que, habiendo amasado también una fortuna en América y habiéndose allí casado y criado hijos, se veía desdeñado por éstos. "Me desprecian—me decía con lágrimas en los ojos—, me desprecian porque hablo mal y porque no sé las cosas que á ellos les han enseñado los maestros pagados por mí para que se las enseñen." Tuve luego ocasión de conocer á uno de sus hijos y os aseguro que sabía más el padre. Lo que el

hijo sabía era hablar de cosas de libros, chapurrear el francés y un poco de inglés, suspirar por París y echar pestes del pueblo de su padre.

Y era de oírle cuando á cada paso comparaba este pueblo con aquel otro en que había él visto la luz. Sus comparaciones eran un portento de superficialidad. Todo se le volvía hablar del encachado de las calles, de los *water-closets*, de los tranvías, de los restaurantes, de los teatros. Para él la civilización se reducía á la urbanización y á las comodidades, y fuera de esto, á ciertas exterioridades en el porte y las maneras. Era estupenda su incomprensión de lo más íntimo de la cultura. Y era, sobre todo, estúpida su falta de sentido poético, su penuria de sensibilidad. Me decía que las piedras viejas no le interesaban.

Sólo la falta de sensibilidad, la carencia de sentido poético, ó digámoslo más claro, la frialdad de corazón puede, en efecto, explicar ciertas cosas. Vienen á dar su vuelta por Europa no pocos americanos hijos de españoles, y los hay de entre ellos que no tienen la curiosidad, ya que no la piedad, de ir á visitar el pueblo de sus padres, París les reclama. En el pueblo de su padre, una pobre aldea perdida entre montañas acaso, no hay bulevares asfaltados ni tranvías eléctricos, y sobre todo, no hay *Moulin Rouge*, ni hay *chez Maxim*. La honda, la penetrante poesía de una de esas aldehuelas no es para todos, ciertamente.

¡Qué hermoso, qué henchido de honda piedad y de

íntima poesía es el relato que el gran poeta oriental, Zorrilla de San Martín, nos hace de su visita al pueblo de su padre, allá en la montaña de Santander! Pero es que Zorrilla de San Martín es un poeta, un verdadero poeta, un alma delicada y noble, que guarda el tesoro de una cultura secular.

No soy yo de los aduladores de mi patria; más bien podría reprochárseme cierta acrimonia en la censura de nuestros defectos. Jamás he ocultado nuestras flaquezas, pero cuando topo con alguno de esos mozos lindos á quienes todo se les vuelve hacer ascos y melindres á cuanto por aquí hay, me revuelvo al punto en contra de ellos y en contra de las excelencias que de su tierra nos vienen á contar. Porque ni lo malo nuestro es lo que ellos estiman tal, ni es lo mejor suyo lo que ellos por mejor tienen.

Una vez fué á Bilbao, mi pueblo natal, un vecino de esta ciudad de Salamanca en que escribo y resido, y delante del palacio de la Diputación de Vizcaya, un edificio presuntuoso y pesadote, una mole de arquitectura indefinida, exclamaba: "¡Si tuviésemos una cosa así en Salamanca!" Y lo decía un salmantino que si ha entrado alguna vez en la hermosísima catedral vieja de esta ciudad habrá sido acompañado á un forastero que deseaba verla.

De las muchas cartas que al cabo del año recibo de espontáneos corresponsales y para mí desconocidos lectores americanos, las más de ellas, la inmensa mayoría, son cartas escritas en un tono benévolo y simpático, animándome á proseguir en mi labor, ó

cuando me censuran algo, censurándomelo con discreción, buena fe y respeto. Pero no faltan tampoco, aunque en pequeñísima minoría, cartas—las más de éstas anónimas—de un tono insidioso y travieso en que se trata de lanzarme pullas, ó mejor dicho de lanzar pullas á esta mi patria, á sus hombres, á sus cosas. Y ¡qué necedades se les ocurre á esos desgraciados graciosos! Hace poco recibí una en que, á vuelta de emplear el honrosísimo calificativo de gallego en un sentido mezquino y que rebaja al que en él lo emplea y no á aquel á quien se le aplica, me preguntaba si ciertos apellidos españoles, Iglesias, de la Iglesia, etc., proceden ó no de la inclusa, si son apellidos que se daban á los niños recogidos en el torno de la casa de expósitos.

Si yo fuera un hombre insidioso y de mala leche, como suele decirse, habríale respondido que sí, que esos apellidos y otros muchos fueron en su origen de la Inclusa, y entre ellos, los apellidos de santos, y entre éstos, el apellido de San Martín, tan justamente glorioso en la República Argentina.

En mi país vasco se ha desarrollado de algún tiempo á esta parte, y á favor de la prosperidad material que allí reina, un sentimiento lamentabilísimo y censurable, cual es el de un injustificado desdén hacia aquellos que de otras regiones españolas acuden allá á buscarse la vida trabajando y acrecentando con su trabajo la riqueza del país. Llamándolos "maquetos", dicen de ellos que han ido allá á matar el hambre. Sí, y á matar el hambre de los que

así los motejan. Es el tal un razonamiento parecido al del dueño de una fábrica que asevera muy serio que da de comer á cien ó doscientos obreros, cuando son ellos los que le dan de comer, y algo más que de comer, á él.

Ese fenómeno del "antimaquetismo", esa mal encubierta hostilidad al forastero ó emigrante que viene á trabajar es un fenómeno que se produce cuando el colaborador en la producción se convierte en concurrente para el consumo, cuando de la siembra y la siega se pasa al reparto de la cosecha. Entonces los hijos de los primeros ocupantes se llaman á engaño y pretenden tener ciertos privilegios, como si se debiera á ellos la fertilidad del suelo. Cualquiera creería que el existir ricos veneros de hierro en las montañas nativas es un mérito de los que hemos nacido en ellas. Esos "maquetos", esos pobres obreros que han sudado su vida para extraer mineral de las entrañas de mi tierra ó en otro trabajo y que así la han enriquecido, son buenos para eso, para trabajar; pero cuando tratan de intervenir en los cargos públicos ó de ocupar posiciones socialmente ventajosas, se les echa en cara el que fueron allá á buscarse la comida, es decir, se les echa en cara el que fueron laboriosos.

En cierta ocasión un personaje argentino, ya difunto, buen amigo mío, y á quien le recomendé un emigrante, me escribió una carta llena de interés en que, entre otras cosas, me decía: "Disuada usted de que vengan á gente de carrera; lo que aquí necesita-

mos son brazos y capitales, no capacidades; doctores sobran por acá en América y hasta hay Repúblicas en las que como no tienen otra cosa que hacer, inventan revoluciones." Me expliqué al punto lo que me decía mi amigo y tocayo y hasta me di cuenta de muchas cosas que él me callaba y yo leía entre líneas. Y recordé la amarga odisea de un médico amigo y paisano mío que tuvo que sufrir no poco por tierras de ultramar y tuvo que sufrir en virtud precisamente de su ciencia y competencia que eran grandes. Sus distinguidos colegas le ayudaron á pasar tales trances.

¡Adónde me ha traído y por qué erráticos caminos la escena aquella de los tres representantes de tres generaciones de una familia! Y aún me parece verlos, al viejo, haciendo esfuerzos para servirse del tenedor y no echar mano á las viandas como haría en su casa, y al jovencito, cortando la carne con monería y pelando los melocotones con una tan suprema elegancia que daba que reír. Y entre ellos al rudo forjador de la fortuna, no sé si avergonzándose de tener tal padre ó de tener tal hijo ó envaneciéndose de una ú otra cosa ó de las dos. Y ¡qué bien peinado estaba el mocito! ¡qué cabellera tan linda! ¡qué cabeza tan artística por de fuera! Por dentro no sé lo que tendría, pero, de seguro que estaba amueblada con las últimas novedades de los libros venidos de París de Francia.

El hombre maduro, el indiano fraguador de fortunas, me pareció un mero término de enlace entre dos generaciones, entre su padre y su hijo. Y me

puse á comparar al anciano fuerte y sencillo con el jovencito delicado y desdinoso. Y aquél, el viejo casero, me pareció mucho más joven que éste; y no ya joven, sino hasta niño. Conservaba á su edad, que pasaría de los setenta, entusiasmo é ilusión por su nieto, acaso admiración al verle tan pulcro y tan pulido, mientras que el jovencito parecía haber nacido en aburrimiento y llevar sobre su artística cabeza el hastío de los supremos desengaños.

Y aquella reunión de tres generaciones de una familia ¿por qué se celebraba en el comedor indiscreto de una fonda, ante los ojos extraños? ¿Por qué no en la casería del viejo, en el hogar del indiano? Es que estaba tal vez en lo alto de una montaña adonde había que subir por un sendero pedregoso, acaso lleno de barro á trechos y ni los delicados pies del nieto estaban hechos sino para el macadamizado ni sus relucientes botines podían exponerse á una salpicadura de fango. Aquella casa, además, no ofrecería, de seguro, las triviales comodidades de una fonda. No era la vivienda de un país civilizado en concepto del lindo mozo de la bien peinada cabellera, me figuro. Porque estoy casi seguro de cuál era el concepto que de la civilización tenía el tal jovencito melindroso y despectivo. Un concepto ridículo y archisuperficial.

Mientras no desaparezca ese concepto de la civilización que la hace consistir primera y principalmente en comodidades y facilidades para la vida material, en blanduras y molicies de civilización, no

se ha adelantado del todo en un pueblo. Muy importante es, no ya la higiene, sino el *comfort*; pero hay que convenir en que en un pueblo de higiene descuidada puede el espíritu moverse en más altas y más hondas esferas que en otro pueblo que se riega á diario con agua antiséptica. La higiene misma, con ser cosa indispensable, va convirtiéndose en monomanía y en superstición.

El aforismo dice: *mens sana in corpore sano*, espíritu sano en cuerpo sano, y no *corpus sanum in mente sana*; lo primero es lo primero. Entre los dos extremos, pareciéndome los dos abominables, prefiero á Job en el muladar que no á un caballerete que se baña y perfuma á diario en la butaca de un club de ociosidad.

Bien sé yo que no todos los nietos de nuestros rudos é ingenuos montañeses sienten como el lindo mocito mentado; es más, me complazco en creer que los demás de ellos guarden un culto á su ascendencia y si no visitan el hogar solariego de donde su sangre mana, será porque no podrán hacerlo ó no más que por pereza. Bien sé todo esto, pero no quiero omitir mi protesta contra esos mocetes superficiales y vanos que se nos vienen á desdeñar aquello que son incapaces de sentir, que fundan la superioridad de un pueblo sobre otro en cosas meramente de corteza y que parecen suponer que los agentes principales de la civilización son el barrendero, el cocinero, el sastre y la bailarina.

Salamanca, Octubre de 1907.

SOBRE LA LUJURIA

Cuántas personas vienen de Madrid á este mi retiro de Salamanca me dicen que pocas veces ha florecido tanto la pornografía en la corte de España. Los teatrillos y aun los teatros grandes se ven infestados por toda clase de cupletistas, bailarinas y heteras de alto ó de bajo vuelo. La lujuria pública llega al delirio.

Hace tiempo, en efecto, que los empresarios de teatros vienen quejándose de que su negocio flaquea. El público huye del teatro, donde se aburre oyendo por milésima vez los mismos chistes y las mismas sentimentalidades de sus autores favoritos, á quienes se sabe de memoria. En un tiempo se decía que el género llamado chico mató al grande; después hablaron del género ínfimo, y ahora parece ser que es el *cine*—el cinematógrafo—el que mata á uno y á otro. Y al *cine* se juntan toda clase de exhibiciones femeninas, más ó menos al desnudo.

Hay quien atribuye esto en parte á la ley de represión de la trata de blancas. Como en las casas de

tolerancia se prohíbe admitir muchachas menores de veintitrés años, las que se buscan una carrera con sus encantos corporales acuden á los escenarios para hacerse cartel, y se ponen á cantar y representar con mejores ó peores aptitudes para ello. De aquí que los teatros se vayan convirtiendo en especie de bolsas ó casas de contratación de carne de placer.

¡Y qué escenas, me dicen, se presencian en ellos durante esas funciones á que no puede asistir ninguna señora que se respete! ¡Qué escenas en esas funciones para hombres solos! La bestia humana se pone al desnudo. El público brama y aúlla y pide todo género de contorsiones provocativas cuando las desdichadas bailan la machicha ú otra cosa por el estilo. Me han contado de un espectador que en el delirio de la concupiscencia exclamaba, devorando con los ojos á la bailadora: “¡Ay, rica! ¡Todas mis fincas serán para ti!”

Y todo esto coincide, como es natural, con el más horrible amodorramiento del espíritu público. Pocas veces ha estado más acorchada que ahora el alma de nuestro pueblo. Parece no importarle cosa alguna de nada importante. Aterra su indiferencia frente á los más graves problemas de la vida social. Diríase que carecemos de vida social; lo cual equivale, en el fondo, á carecer de civilización.

Y esas dos cosas, el desarrollo de la sensualidad sexual y el acorchamiento de la vida del espíritu van de par.

Son no pocos los literatos que siempre que hablan

de libertad no entienden apenas otra cosa que la libertad de usar de las mujeres de cualquier modo, la libertad de la licencia sexual, ó ese que se llama el amor libre. Cada vez que el Gobierno trata de poner coto á ese desenfreno le reprochan de reaccionario y gazmoño, como si un espíritu profunda y arraigadamente liberal, enamorado del progreso y de la libertad de conciencia, no pudiera ver en ese desenfreno el aliado de la servidumbre.

Sí, la lujuria es aliada de la tiranía. La que llaman los teólogos moralistas concupiscencia de la carne suele ahogar la llamada también por ellos soberbia del espíritu. Los hombres cuya preocupación es lo que llaman gozar de la vida—como si no hubiese otros goces—rara vez son espíritus independientes y elevados. Viven, por lo común, esclavos de sus rutinas y de sus supersticiones.

Y ello nada tiene de particular. La obsesión sexual en un individuo delata más que una mayor vitalidad, una menor espiritualidad. Los hombres mujeriegos son de ordinario de una mentalidad muy baja y libres de inquietudes espirituales. Su inteligencia suele estar en el orden de la inteligencia del carnero, animal fuertemente sexualizado, pero de una estupidez notable. Y aquí os hago gracia del cuento de la viuda aquella que al llamarle la atención sobre el bajo nivel intelectual de un garrido y robusto moce-ton con quien iba á casarse, replicó: “Para lo que yo le quiero...”

Tomad á don Juan Tenorio, al fanfarrón de don

Juan Tenorio, y decidme si habéis encontrado en el mundo de la ficción un personaje más necio y que os suelte tantas tonterías como él. No hay reunión de hombres inteligentes y cultos en que se pueda soportar más de diez minutos á don Juan Tenorio. Hay que echarlo á puntapiés. Apesta con sus bravatas y con sus aires de guapo.

Y estad seguros de que si don Juan Tenorio hubiera vivido hasta llegar á edad respetable habría acabado en ser un sesudo conservador, defensor del orden social, de la libertad "bien entendida" y de las venerandas tradiciones de nuestros mayores y miembro de cualquier piadosa cofradía.

Un pensador dijo que en aquellos hombres que aman mucho—refiriéndose al amor á mujer—ese amor no es el fin y ocupación principal de su vida, y que lo son en quienes aman poco. Esto así, á primera vista, parece una paradoja, pero dejará de parecerlosla en cuanto nos fijemos un momento en ella. Los hombres de gran capacidad espiritual—sea como 100—tienen más capacidad también para el amor—sea 20, lo cual hace el 20 por 100—, mientras aquellos otros de poca capacidad—sea 20—aun llenándola casi toda—la mitad de la supuesta, ó sea 10—con el amor, amarán siempre menos que los otros. Y el sutil dramaturgo inglés Bernardo Shaw ha dicho que una mujer preferirá siempre la décima parte de un hombre de primera á la posesión completa de un hombre vulgar.

Y esto se dice hablándose del amor en su forma

más elevada de afecto cordial. ¿Qué diremos del amor carnal, ó mejor dicho, de la voluptuosidad carnal?

Cuando me dicen de un pueblo ó de una época que se distinguen por el desarrollo de la sensualidad y el desenfreno á tal respecto, concluyo siempre que han sido, ó son, pueblo ó época de muy bajo desarrollo de la cultura.

La lujuria es para un pueblo un azote acaso peor que el alcoholismo, y sólo comparable al del juego. He conocido borrachos muy inteligentes, y en cambio los lujuriosos que conozco se distinguen por una notable vulgaridad de pensamiento y de sentimiento. (Advierto á los lectores maliciosos—que nunca faltan—que yo no bebo más que agua, siendo lo que los ingleses llaman un *teetotaler*.)

Alguna vez se ha hablado de pueblos castos y borrachos y de otros voluptuosos y abstemios, suponiendo que aquéllos son los del Norte y éstos los del Mediodía, y recuerdo haber leído, creo que en Maeztu, que en la lucha social los pueblos relativamente más castos y más borrachos llevan ventaja á los relativamente menos bebedores y más lujuriosos. Me parece esta una de esas generalizaciones atrevidas, pero estimando un horrible azote el del alcoholismo, me parece que lleva en sí su propio remedio mucho más que el otro.

Es sensible la enorme cantidad de energía espiritual que se derrocha y desperdicia en perseguir la satisfacción del deseo carnal. La mayor de las ven-

tajas del matrimonio, y son muchas las que tiene, es que, regularizando el apetito carnal, le quita al hombre pruritos de desasosiegos, dejándole tiempo y energía para más altas y nobles empresas. Y me parece muy bien el hijo de Tolstoi cuando pide que los hombres se casen jóvenes, apenas despiertan á la vida sexual, quedando á cargo y cuenta de las dos familias, la de él y la de ella, hasta tanto que el joven matrimonio pueda valerse por sí mismo. Se evitarían así no pocos males y, sobre todo, se les ahorraría á los jóvenes una gran cantidad de energía espiritual.

Y no se crea que adopto esta posición por razones de orden religioso ó por preocupaciones contra la carne, no. El ideal ascético me parece recomendable, pero es para hacer hombres fuertes, nobles, de santa y cristiana independencia.

Para ser un buen hombre es preciso ser primero un buen animal, y en esto tiene razón Spencer, pero no tan animal que se ahogue la humanidad.

Vuelvo á repetirlo, y aún me quedan no pocas repeticiones de ello: el desenfreno de la voluptuosidad embota la inteligencia, y uno de los primeros deberes de un hombre es el de hacerse inteligente.

El hombre que se entrega á perseguir mujeres acaba por entontecerse. Las artes de que tiene que valerse son artes de tontería.

Y no se me hable de pasión. La pasión es tan digna de respeto y, á la vez, no pocas veces, de lástima, como es digna de desprecio la sensualidad. Los hom-

bres sensuales rara vez son apasionados. Don Juan Tenorio era un hombre impasible, y no se le conoció una verdadera pasión.

Guarda la historia el recuerdo de pasiones trágicas, así como la leyenda y la ficción se han enriquecido con relatos, clásicos ya, de pasiones célebres.

Pero ni Otelo, ni Romeo, ni Lorenzo de Segura, ni Simón Botelho, ni el caballero del Grioux, ni, por otra parte, los personajes históricos célebres por sus amores, han sido grandes voluptuosos. La pasión contrariada lleva al claustro ó al heroísmo, la voluptuosidad ahogada no lleva más que al aburrimiento ó á la bestialidad.

Y lo que me parece lamentabilísimo y triste es que se cifre en la licencia carnal el sentido de la libertad. Debe más que á los libertinos á los puritanos la causa de la libertad religiosa y civil de los pueblos. Mientras aquí, en España—hablo de mi patria por ser la que conozco, pero lo de una, es aplicable á otras—, mientras aquí no haya un buen número de liberales que se acuesten á las diez, no beban más que agua, no jueguen á juegos de azar y no tengan que-rida, andaremos mal.

En otras naciones son los partidos llamados avanzados los que más se cuidan de mantener un cierto tono de austeridad, entre cristiana y estoica, en las costumbres públicas, mientras son los conservadores los que abren mano á la licencia ética, que favorece sus planes. Aquí no se distinguen los conservadores por su rigorismo ético, contentándose con cubrir las

formas, pero en cambio los partidos que se llaman á sí mismos avanzados, defienden, en una ú otra forma, la licencia. Lo cual va unido al especial tono de grosería y de vulgaridad que ha distinguido siempre á nuestro progresismo.

Pocas cosas, en efecto, más inespirituales, más zafias, más cándidamente groseras que el progresismo español y sus derivaciones posteriores.

Y así se forma uno de los prejuicios más dañinos, y es el de que cuando se propugna cierto estado de austeridad en las costumbres se es, forzosamente, un beato más ó menos disfrazado.

Exponía yo una vez á un amigo mis ideas al respecto y me explico: "Bien, ¿y á quién hacen daño con eso? Ahí tienes un hombre mayor de edad y una mujer mayor de edad también: ¿no han de poder hacer de sí mismos lo que se les antoje? ¿A quién dañan?" Ante esta lógica egoístamente brutal, le repliqué: "Nadie es de sí mismo, sino de la sociedad que lo ha hecho y para la cual debe vivir, y la sociedad puede y debe estorbar que un hombre se embrutezca y se entontezca."

Ese bárbaro principio antisocial de que cada uno puede hacer de su capa un sayo es una de las causas de nuestra decadencia. El hombre es un producto social y la sociedad debe impedir que se pierda para ella. No basta que uno quiera entontecerse; hay que impedirselo.

¡Desgraciados los pueblos en que florece la lujuria! Serán, al cabo, subyugados irremisiblemente por

aquellos otros que, después de reproducirse normalmente, supieron reservar sus energías corporales y espirituales para fines más altos que el de dar satisfacción á la carne estúpida, para el altísimo fin de educar en libertad, en verdad y en nobleza á sus hijos.

Salamanca, Marzo de 1907.